

Nora Iniesta ha escogido un modo simbólico de aproximarse a Buenos Aires, ciudad en la que nació, vive, trabaja, y a la que siempre vuelve como tema de su obra. Desde su lugar de artista visual que domina diversos lenguajes expresivos, Nora es también una infatigable viajera. Posee una honda curiosidad por conocer tierras y culturas, tanto muy lejanas, como así también tantas ciudades y poblaciones del interior de la Argentina, su país. Esta vez se trata de la capital, su ciudad mayor.

Para esta propuesta, liviana de equipaje y concentrada en sí misma, tomó la cámara fotográfica y con ella trazó recorridos.

Su actitud remite a la del *flâneur*, citado por Charles Baudelaire, aquel paseante permanente de la ciudad moderna. Y, ese espíritu incansable y atento ha permitido que el símbolo emerja: el celeste y el blanco. Se trata de dos colores, binomio indiviso para quienes habitamos este país del fin del mundo,

“Campo y ciudad son dos palabras muy potentes”, afirmó Raymond Williams (1). Y, esa real potencia, en el caso de las ciudades radica en esa complejidad radical y versátil que las constituye y las identifica siempre como únicas. Pero, es así que se vuelve necesaria una antorcha que colabore para penetrar en ellas y entenderlas.

La mirada artística de Nora Iniesta descubre un mundo simbólico que se va trazando a través de su mirada, como citó Ricardo Blanco.

En el caso de la Argentina y de Buenos Aires, como sabemos desde la infancia, los colores patrios además son aquellos del cielo de atmósfera atravesada por los aires, especialmente los del sur y sudoeste, que la vuelven transparente y límpida.

Evocar esa señal de coincidencias cósmicas está en el espíritu de esta artista porteña, a lo largo de sus itinerarios que marcan su deambular, a través de los cuales no sólo reafirma su origen, sino que lo homenajea. Persiste en él y lo prolonga.

La pluralidad y diversidad de imágenes captadas por la lente es tal que han sido ya necesarios tres volúmenes para este proyecto. Si bien el punto de partida es de índole estético artística, cada una de las imágenes en celeste y blanco dispara otras asociaciones que conducen a la comprensión de la ciudad también como arena cultural. Esta expresión da la pauta de la complejidad potencial de cada una de estas imágenes. Arquitectura, urbanismo, sociología, patrimonio, diversidad cultural, avances y retrocesos tecnológicos, imaginación individual y colectiva, psicología, hábitos cotidianos, desazón y alegría, entre otros.

Finalmente no se puede eludir el carácter simbólico del azul claro en su identificación con el cielo, y para el blanco, la condición climática que como agua evaporada, nos acerca también a la bóveda que nos envuelve. “El modo de ser celeste es una hierofanía inagotable”(2) Esa marca sagrada propia de todas las creencias se conjuga en lo íntimo de la identidad porteña a través de la inspirada comprensión visual de Nora Iniesta.

Mercedes Casanegra

1) Raymond Williams, *El campo y la ciudad*, Buenos Aires, Paidós, 2001, p. 25

2) Jean Chevalier-Alain Gheerbrant, *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Herder, 1986, p.281